



Carta para renterianos

Para todos. Para los que aquí nacieron, al igual que sus padres y abuelos, y para los que, viniendo de donde vinieren, han elegido este pueblo como el lugar definitivo de su residencia.

Al señalar esta diferencia de origen de nuestros vecinos no descubrimos ningún secreto. Para todos es evidente la existencia en Rentería de dos núcleos distintos, dos comunidades diferentes e incluso, en casos, hasta antagónicas, cuyas características principales responden al lugar de nacimiento de quienes las componen.

—¿Tú eres de aquí o has venido de fuera?

La respuesta a esta sencilla pregunta, según lo que exprese, puede ser suficiente en ocasiones para que dos hombres, dos renterianos, se hagan amigos o que, por el contrario, al separarse, traten ya, si no de más, de ignorarse para el futuro.

Aun prescindiendo de la carencia de sentimientos cristianos que estas actitudes revelan, y atendiendo sólo a las más elementales normas de ciudadanía, tenemos que decir: Renterianos, jesto no está bien!

El problema es latente. Lo intuimos y todos en algún momento nos hemos parado a pensarlo. Sabemos que nuestra obligación es la de enfrentarnos con él y ayudar a su solución, pero dejamos pasar el tiempo sin hacer nada, porque —nos decimos— no encontramos o no nos llega la ocasión. Se trata de un problema, y para nadie resulta agradable, es la verdad, meterse en líos; menos aún cuando, como en este caso, el asunto no es estrictamente personal. Lo es de colectividad, y aunque lo sintamos, no nos creemos responsabilizados hasta el punto de intervenir directamente. No queremos entender que, precisamente, por tratarse de cuestiones de una comunidad es innegable que nos atañe a todos y a cada uno de los que a ella pertenecemos.

En esto debiéramos tomar ejemplo de nuestros hijos. Estos, en la escuela, en la calle o en sus juegos, no atienden más que a las razones naturales para seleccionar sus amistades; es decir, a la mayor o menor simpatía que sienten por sus compañeros, sin necesidad de preguntarse: —¿Tú ¿de dónde eres?

Los niños no tienen prejuicios raciales ni regionalistas, al menos si éstos no son estimulados por sus mayores. Creen en los amigos por su forma de ser y de comportarse, sin tener en cuenta su categoría social ni la etimología de su apellido. Y, desde luego, a todos consideran renterianos. A lo sumo diferencian a los de Calle Arriba de los de Ondarcho o Calle Magdalena, pero si llega el caso de enfrentarse con los de otros lugares, como por ejemplo en las competiciones deportivas, se puede asegurar a ciencia cierta que todos ellos harán causa común, unidos por los lazos del paisanaje,

en defensa de lo que sienten como suyo, de lo que es de su pueblo.

Sabemos que en definitiva serán ellos, nuestros hijos, quienes con el tiempo y ayudados por su falta de prejuicios, que tan difíciles de vencer son entre los mayores, conseguirán una nueva fisonomía humana para Rentería. Las amistades del colegio y la cuadrilla, los noviazgos y matrimonios se encargarán de limar, cada vez más, las diferencias que hoy, para algunos, parecen enormes, e imprimirán en los renterianos del futuro un carácter y forma de ser distintos a los nuestros de hoy. Distintos y también mejores, pues irán alentados por un mejor sentido que el que hoy demostramos: del respeto al vecino, del cariño al prójimo, —sin desconocer que prójimo es también quien no pertenece a nuestra raza—, y de la confraternidad.

Pero mientras esto llega, ¿no podemos empezar ya a hacer algo por nuestra parte? No es justo que descansemos en nuestros descendientes para que sean ellos, sólo ellos, los que carguen con la tarea de realizar esa unión, o dicho con vocablo moderno y europeo, esa integración. También nosotros estamos obligados a ello, y en seguida.

Quando las naciones más avanzadas adquieren conciencia de la necesidad de integrarse y formar una gran comunidad, no podemos quedarnos nosotros al margen de estas sanas tendencias, y por el contrario, debemos tratar de evolucionar en nuestras ideas hacia concepciones más amplias y de más alta proyección que las mantenidas hasta ahora, trabadas en su expansión por limitativos matices regionalistas y hasta localistas.

No es posible hablar de europeísmo y de integración supranacional sin antes arreglar lo interno, y lo interno comienza en la aldea y el villorrio antes de alcanzar mayores extensiones y territorios. Tiene el hombre que aprender a convivir con su vecino de piso, si no quiere fracasar en sus contactos con quienes le ha separado, durante siglos, una frontera.

Integrémonos primeramente los de casa, abandonando los estrechos criterios de clan, por muy ancestrales que sean, pues ya en adelante, y si realmente pretendemos avanzar, de poco nos han de servir.

¿Que esto es difícil? Sin negarlo, creemos francamente que puede dejar de serlo y que la solución la llevamos en nosotros. Que basta con que los de aquí y los de allá, hoy todos renterianos, en lugar de mirarnos a lo lejos y de reojo los unos a los otros y los otros a los unos, nos acerquemos con franqueza, sin prejuicios ni complejos, nos demos la mano estrechándola con efusión, y que este apretón, siendo promesa de una perenne fraternidad, vaya henchido de buena voluntad, de mucha buena voluntad.